



■ **Óscar RODRIGUEZ BARREIRA:** *Misérias del poder. Los poderes locales y el nuevo Estado franquista*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, 2013, 446 páginas. **Por Alejandro Pérez-Olivares** (Universidad Complutense de Madrid).

Que el quehacer historiográfico depende de las preguntas que nos hacemos desde el presente queda claro desde la primera página del nuevo libro de Óscar Rodríguez Barreira. Tan sólo nuevas preguntas, con nuevos enfoques y nuevas fuentes, permiten iluminar parcelas del pasado hasta ese momento desconocidas. Únicamente de este modo se abren nuevos debates, uno de los grandes objetivos de *Misérias del poder* según afirma el propio autor en una introducción titulada, intencionadamente, “¿Quién vigila a los vigilantes?”

Tras *Migas con miedo*, la primera parte de su tesis doctoral, Rodríguez Barreira abandona el ámbito de las resistencias de las clases subalternas a la dictadura de Franco para centrarse en la construcción y consolidación del régimen en su primera década larga de vida. Vuelve a apoyarse en el análisis microhistórico para repensar, en primer lugar, la importancia actual que tiene estudiar la implantación del franquismo y sus apoyos sociales frente al tratamiento preferente que han recibido los tres años de guerra civil. Lo hace desde una posición de altura, pues a través de sus numerosos artículos ha demostrado ser un amplio conocedor de los años republicanos (“Hoy Azaña, mañana... Franco” o “El pueblo contra los pueblos”), la guerra (“Auxilio Social y las actitudes cotidianas en los Años del Hambre”), la posguerra (“Lazarillos del Caudillo”) o los años del llamado desarrollismo (“Las cenizas del Ave Fénix”). En el caso que nos ocupa, el autor opta por desarrollar un análisis de abajo hacia arriba, atendiendo a la interacción entre las autoridades locales, la sociedad, los cuadros políticos e instituciones y el poder central. Lejos de hacer historia localista, lo que nos propone esta obra es una lectura del poder franquista en un universo relativamente pequeño.

El libro está estructurado en torno a tres grandes capítulos. El primero, “Vivir la Cruzada en el Infierno”, se centra en las percepciones y repertorios de acción colectiva de los sectores almerienses perseguidos durante la guerra. A través de una lectura cultural, se muestra la conexión de los futuros cuadros franquistas con la Quinta Columna, sus actitudes en la retaguardia y la legitimación del golpe de Estado. Imaginarios, representaciones de la alteridad y visiones palingenésicas de la experiencia de vivir entre enemigos. Rodríguez Barreira despliega un amplio abanico de fuentes: memoria oral, discursos de la prensa sublevada, expedientes personales y la correspondencia de la Delegación Nacional de Provincias (ya durante la posguerra) ayudan a conformar un músculo interpretativo que recupera para el análisis voces del pasado a menudo olvidadas. La experiencia generacional de los protagonistas de *Misérias del poder* comienza su andadura en este capítulo, asociada a los

acontecimientos políticos y a la propia ciudad de Almería. La República se asociará a la vida, la guerra a la muerte y la Victoria a la resurrección: Almería quedó finalmente redimida. La retaguardia, con el odio de clase, la violencia anticlerical y la sustitución del tradicional “Vaya usted con Dios” por el seco y revolucionario “Salud” supuso un aprendizaje político para la posguerra. La relevancia de la Delegación de Información e Investigación y la primacía del discurso de orden frente al de movilización fueron buena prueba de ello.

Seguir de cerca la retaguardia gubernamental supone correr el riesgo de equiparar la República en guerra con la República en paz. Vuelta la vista atrás, para los sectores conservadores la primavera de 1936 representó el clímax de las políticas de exclusión, ayudado en gran medida por la estrategia de la tensión desarrollada por los falangistas. La democracia de 1931 atentaba contra la nación hecha cuerpo y espíritu (católico), un discurso difundido a través de redes de amistad y centros de sociabilidad que explican, para Rodríguez Barreira, el aumento numérico y el interclasismo de la Falange prebélica. Sin embargo, la importancia del imaginario católico y la defensa de sus espacios, demostrada por el autor, limita la aceptación acrítica de la religión política como base conceptual del falangismo. Sobre todo al ser Falange absorbida por el Estado y competir con otros discursos de orden, como el de la Iglesia. En la posguerra, el dispositivo de beneficencia de FET-JONS por excelencia, Auxilio Social, chocó frontalmente con la concepción católica del individuo como asistente y asistido. Este fenómeno, y el espacio público en el que se desarrolla, merecerían mayor tratamiento, pues sólo queda apuntado en el libro.

Hablar de los poderes locales es hablar de la construcción de la dictadura, lo que eleva la obra de Rodríguez Barreira por encima de los debates sobre la naturaleza del régimen franquista. “Hijos subversivos”, segunda parte del libro, muestra cómo en lo local se entrecruzan los discursos del franquismo, los intereses de sus élites, las condiciones materiales de supervivencia para la mayoría... Para el autor, durante los años cuarenta la conjunción de rechazo, resignación y aceptación pasiva de la dictadura era común en la mayor parte de la gente, lo que favoreció la extensión de estrategias de desmovilización (buscadas desde el Estado, con Falange ya fagocitada) y concentraba las políticas sociales en un Auxilio Social incapaz de solucionar las graves carencias de las capas populares. El hambre y la corrupción fueron las “migajas del pan de Franco”, la causa principal de enfrentamiento político entre FET-JONS, el Gobierno civil, los alcaldes y las instrucciones de Madrid.

El esquema de abajo hacia arriba vuelve a ser crucial al tratar la socialización política del Frente de Juventudes. Más allá de las comparaciones discursivas con Italia o Alemania, Rodríguez Barreira parte de la dotación económica recibida por el Estado para cuestionar su éxito. Con bajos presupuestos, escaso interés en la continua movilización de los cuadros jóvenes y las luchas entre derechistas, el Frente de Juventudes se convirtió en una esfera de negociación entre el partido único y las familias de los flechas donde se debatió el sentido que iba a adoptar la reconstrucción espiritual del país. La construcción de identidades políticas, espirituales y de género, se basó más bien en el componente generacional y la experiencia durante la guerra que en un plan diseñado desde arriba. Según las fuentes administrativas consultadas, el Frente de Juventudes captaba los sectores sociales más depauperados, con el objetivo de mitigar la miseria. Pero no era capaz de retenerlos mucho tiempo. Su capacidad de influencia se concentró en los maestros nacionales, encargados de socializar

los discursos franquistas durante décadas, entre ellos el de la guerra como reacción androcéntrica. Pero, ¿dónde están las mujeres en la posguerra, las mujeres que colaboraron tan activamente con el Socorro Blanco? ¿Estuvieron únicamente definidas por las tipologías de Vallejo-Nágera? Este acercamiento, marcado por la teoría feminista de tercera ola, bien merece un mayor desarrollo, sólo apuntado por el autor.

El último capítulo, “Caudillos y deudos”, trata la articulación del poder local. Para ello es importante, según el autor, considerar los espacios de sociabilidad, la prosopografía del franquismo, las diferentes culturas políticas. La reconstrucción de las instituciones trasciende uno de los grandes debates de la historiografía sobre el franquismo, la continuidad o ruptura en la configuración de los poderes locales, para plantearse nuevas cuestiones. Entre otras, los imaginarios y la cultura popular. La experiencia y el recuerdo de la guerra, las querellas entre las diferentes sensibilidades conservadoras, de las que la delegación provincial de Información e Investigación será escaparate, los negocios asociados al poder y la utilización del hambre como arma política reajustan la posición política de la dictadura y la hacen plenamente histórica: contingente en espacio y tiempo. Uno de los grandes activos de este capítulo se sitúa en el rastreo de las identidades políticas, cambiantes según el momento de la década de los cuarenta que se trate. De este modo, Rodríguez Barreira sostiene que hubo un reajuste caciquil (nuevas prácticas, nuevos negocios) y una renovación de los cuadros, una constatación importante si se quiere atender a la interacción entre la sociedad y el Estado. En el caso de *Misérias del poder*, ausente el espacio urbano, el gran activo es considerar la vida política después de 1945. Para el referéndum de 1947, las élites tuvieron que movilizar sus redes caciquiles para asegurar los resultados esperados por los poderes políticos y económicos provinciales. El recuerdo de la guerra fue el gran agregante de la coalición conservadora que triunfó en 1939 y se observan dos grandes tendencias políticas pre-bélicas en las alcaldías: FE-JONS y CEDA. Los conflictos entre estas dos tendencias no tuvieron una matriz partidista, según el historiador. Siguieron otras lógicas. ¿Cuáles fueron? Si tanto el falangismo como el nacional-catolicismo nacieron como ideologías profundamente reaccionarias y antidemocráticas al calor de los acontecimientos de 1917, ¿qué divergencias tuvieron en la construcción del régimen franquista?

Con su último libro, Óscar Rodríguez Barreira abre nuevas líneas de investigación apoyado, sobre todo, en una plena voluntad de debatir. Desde esa disposición, fuentes como la correspondencia administrativa, los registros de asociaciones, las delegaciones de FET-JONS y los testimonios orales permiten rastrear la matriz de comprensión conservadora, verdadero motor del golpe de Estado del 18 de julio y del franquismo. Debatendo, bucea en el amplio océano de la construcción del régimen de Franco para mostrarnos que no fue una balsa de aceite pero, sobre todo, demuestra que escribir (y pensar) historia siempre será un acto contemporáneo. Sólo así podremos entender verdaderamente que las miserias del poder fueron pasadas, pero pueden ser también futuras

Alejandro Pérez-Olivares
Universidad Complutense de Madrid.
aperezolivares@ucm.es